



# JUANA LA VALEROSA

Hechos memorables y atrocidades que cometió esta joven  
por vengar su amor mal correspondido

En una ciudad de España  
que en hechos notables brilla,  
entre las que hay situadas  
en el centro de Castilla,

Nació de padres honrados  
una niña muy galana,

que en la pila del bautismo  
le dieron por nombre Juana.

Esta niña fué creciendo  
en robustez y belleza  
y en ánimo varonil  
que le dió naturaleza.

Desde su primera edad  
tuvo afición á la caza  
siguiendo á su padre en ella  
muestras dando de gran traza.

Con su afición varonil  
se fué haciendo tan famosa  
que el renombre se le dió  
de Juana la Valerosa.

Su talento natural  
en todo sobresalía  
y en su pueril edad  
completa instrucción tenía.

De los jóvenes del pueblo  
era en extremo apreciada  
y en particular de uno  
que Panchito se llamaba.

Hijo era de un labrador,  
hidalgo, muy orgulloso,  
que no quiso que de Juana  
fuera su hijo el esposo.

Otra boda le tenía  
preparada más famosa  
con una rica heredera  
que llamaban Sinforosa.

Al saberlo, dijo á él Juana:  
«ten cuidado en desairarme  
que si lo haces Panchito,  
mira que sabré vengarme».

El joven le respondió  
de su amor haciendo alarde  
mas al fin llegó á ceder  
al mandato de su padre.

Se puso al saberlo Juana  
como leona furiosa  
y juró luego vengarse  
de Panchito y Sinforosa.

Las bodas se celebraron  
con gran pompa y alegría,  
sólo el corazón de Juana  
en llamas de rabia ardía.

Entre el tumulto de gentes  
aprovechando el momento  
logró Juana introducirse  
del novio en el aposento.

Y luego que los dos novios  
en su lecho se acostaron,  
en lugar de amor, la muerte  
á manos de Juana hallaron.

Cosióles á puñaladas  
y con la sangre que mana  
hirviendo de sus heridas  
escribe su triunfo ufana:

«A los filos de un puñal

» murió Pancho y Sinforosa,  
» para vengar mis agravios  
» yo, Juana la Valerosa».

Con la punta de un puñal  
bañado en sangre, grabado  
en la pared de la alcoba,  
este escrito fué encontrado.

Al divulgarse en el pueblo  
tan bárbaro asesinato,  
Juana se había fugado  
de él para mucho rato.

Tomando la carabina  
del padre, y una pistola,  
sin ser de nadie sentida  
fugó aquella noche sola.

Tres días por despoblado  
huyendo anduvo al intento;  
sólo las frutas silvestres  
sirviéndole de alimento.

Pero al declinar el día,  
el tercero de su marcha,  
vió á dos hombres la seguan  
mas no por eso se espanta.

Se pone detrás de un roble  
para hacer frente atrevida  
y les grita: «Alto, señores,  
caso que aprecien la vida».

Los hombres iban armados  
y le dicen: «Mira niña,  
que nosotros no venimos  
á tener contigo riña.

» Venimos solo á decirte  
que te has extraviado  
y volverte si tú quieres  
al camino que has errado.»

Pero á tan buenas razones  
su inquieto temor no calma,  
y repite: «¡Alto! ó el que avance  
que encomiende á Dios su alma»

Avanzan sin presunción,  
que fuera tan decidida,  
pero ella haciendo fuego  
al uno quitó la vida.

Pretendió el otro vengar  
de su amigo la cruel suerte,  
dispara... pero no acierta;  
tira Juana y le dá muerte.

Y en la corteza del roble,  
que le sirvió de muralla,  
escribió con su puñal:  
«El que aquí estos muertos halle  
» que sepa que una mujer  
» les dió muerte y no alevosa»

«más diestra en armas que ellos  
«fué, Juana la Valerosa».

Al resplandor de la luna  
sin que le anime el despecho,  
despoja de sus vestidos  
Juana á los dos que ha muerto.

Se ampara de sus bolsillos  
que bien provistos tenían  
y de sus mejores prendas  
de la ropa que traían.

Vístese con ellos de hombre  
por si fuese perseguida,  
y evitar con el disfraz  
ser de pronto conocida.

Creyéndose más segura  
con el traje que ha tomado  
y provista de dinero  
resuelve el irse en poblado.

Entra en Madrid un domingo  
donde presumir pudiera  
que entre un inmenso gentío  
menos conocida fuera.

Pero vé con gran sorpresa  
que entre la gente curiosa  
sólo se habla de los hechos  
de Juana la Valerosa.

Un cartel en las esquinas  
que sus señas describía  
y al que viva la entregara  
mil escudos se ofrecía.

Medita su situación  
que en verdad era apurada  
mas por ello no se espanta,  
y no se arredra por nada.

Tan sólo en desfigurarse  
muestra un poquito de anhelo  
y de rubio que tenía  
se tife de negro el pelo.

La desfigura en un todo  
una postiza patilla,  
un pequeñito bigote  
y algo de barba y perilla.

Y de su transformación  
hallándose satisfecha,  
se viste á lo cortesano  
y todo temor deshecha.

Se hospeda en una posada  
despesa de estudiantes,  
y de una niña que había  
todos quieren ser amantes.

Pero ella al ver á Dionisio  
dombre que Juana se daba,  
uespreciando á los demás,

demonstró que á él sólo amaba.

Los otros enfurecidos  
fuera el creebro de quicio,  
los tres que eran á la vez  
desafían á Dionisio.

La carabina y pistola  
que es su arma favorita,  
tomó Juana y se marchó  
con gran frescura á la cita.

Los dos están á traición,  
ocultos entre una mata  
disparan, pero uno yerra  
y al otro el tiro le falta.

Con la mayor rapidez  
al ver ella tal vileza  
les deja á pistoletazos  
sin sesos en la cabeza.

El otro que allí aguardaba  
del vil plan el resultado,  
al ver la idea frustada  
quiere escapar de contado.

Pero disparando Juana  
contra de él su carabina,  
lo derriba antes que pueda  
resguardarse en una encina.

Les registra los bolsillos  
en que halla algun escudito  
y en la cartera del uno  
le puso el siguiente escrito:

«Por querer matarme á mí  
»á traición alevosa  
»maté á estos tres cobardes  
»yo, Juana la Valerosa.»

Divulgóse por Madrid  
esta hazaña tan famosa,  
y todo el pueblo desea  
ver Juana la Valerosa.

En vano son las pesquisas  
con que el gobierno se afana,  
en vano se aumentan premios  
nadie puede dar con Juana.

Mientras que ella por las calles  
se pasea libremente  
escuchando en los corrillos  
lo que de ella habla la gente.

Un día oye á un charlatán  
que decía á lo valiente,  
que para vencer á Juana  
bastaría él solamente.

Corre ella á un café,  
pide papel y tintero  
y de la muerte de aquel  
de antemano hace el letrado.

Vuélvese luego á la plaza  
el jaque aún blasonaba,  
pero era de noche y llovía  
y la gente se marchaba.

Sigue Juana al jaquetón,  
y al entrar en calle obscura,  
cogiéndole del pescuezo  
del valiente se asegura.

Y le dice: «yo soy Juana,  
venga usted aquí señor guapo,»  
al oír esto, escapar  
quisiera como un gazapo.

Pero Juana de furor  
encendida, nada mengua,  
y apretándole el gáznate  
le saca y corta la lengua.

Cae tendido en el suelo  
sin que pueda dar un grito,  
y Juana le deja allí  
el papel que trae escrito.

«Para escarmiento á la gente  
»vil, charlatana y medrosa,  
»dejé á este jaque sin lengua,  
»yo, Juana la Valerosa».

Alborotóse otra vez  
Madrid con tal atentado,  
pero el prender á la Juana  
es siempre caso negado.

Gente hay que negaría  
su existencia y que pretende  
que Juana la Valerosa  
es algún demonio ó duende.

Pero no, era mujer  
que enamorada de un hombre  
la perdió sin compasión  
oír jaunque el hecho asombrel

Como Juana nunca tuvo  
propicio al Dios del amor,  
amó otra vez á un ingrato  
que cual Judas fué traidor.

Ambicioso de dinero  
delató á su tierna amante,  
y el premio de su perfidia  
recibió en oro contante.

Presa Juana desde luego  
la causa fué sustanciada  
y conforme era de ver  
á muerte fué condenada.

Al leerle la sentencia  
se quedó tan sorprendida,  
que sólo exclamó: ¡Dios mío!  
quedando Juana sin vida.

Se le halló un pliego cerrado  
de su propio puño escrito,  
que iba dirigido al padre  
del desdichado Panchito.

En él decía: «Cuando  
á vos sea dirigida  
esta carta habré pagado  
yo ya el tributo de la vida.

Y habré á Dios cuenta dado  
de lo que le haya ofendido,  
y desde ahora os perdono  
la parte que habeis tenido.

De vuestro hijo contrariando  
los inocentes amores...  
fuisteis parte en su desgracia,  
fuisteis parte en mis errores.

Pero repito os perdono  
porque tan sólo es mi intento,  
el que sirva mi desdicha  
á los padres de escarmiento.

A los padres que abusando  
de su grave autoridad  
pretenden dar á sus hijos  
estado sin voluntad.

Y lo mismo también digo  
al que esta mi historia lea,  
y ruego á Dios nos dé á todos  
su santa gloria.—Así sea.»

FIN